

**«TE HE AMADO» (Ap 3,9)
La pobreza cisterciense a la luz
de la Exhortación Apostólica *Dilexi te* del Papa León XIV**

Carta circular 2026

Hermanos y hermanas:

Comienzo esta carta circular mientras viajo entre nuestros monasterios de Nigeria. Durante el Adviento me propuse leer la Exhortación Apostólica del Papa León XIV sobre el amor a los pobres, pues ¿acaso no celebramos en el Adviento y la Navidad el misterio de que Cristo se hizo pobre por nosotros? San Pablo escribe a los cristianos de Corinto: «*Ya conocen la generosidad de nuestro Señor Jesucristo que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros, a fin de enriquecernos con su pobreza*» (2 Co 8,9).

El Papa León cita estas palabras de san Pablo en el n. 18 de su exhortación apostólica *Dilexi te*, publicada el 4 de octubre de 2025:

Toda la historia veterotestamentaria de la predilección de Dios por los pobres y el deseo divino de escuchar su grito —que he evocado brevemente— encuentra en Jesús de Nazaret su plena realización. En su encarnación, Él «se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor y haciéndose semejante a los hombres. Y presentándose con aspecto humano» (Flp 2,7), de esa forma nos trajo la salvación. Se trata de una pobreza radical, fundada sobre su misión de revelar el verdadero rostro del amor divino (cf. Jn 1,18; 1 Jn 4,9). Por tanto, con una de sus admirables síntesis, san Pablo puede afirmar: «Ya conocen la generosidad de nuestro Señor Jesucristo que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros, a fin de enriquecernos con su pobreza» (2 Co 8,9).¹

En este párrafo, el Papa León une los conceptos de pobreza y humildad, dos realidades muy queridas para nuestros Padres de Císter. Así, la Carta Caritatis Prior exhorta: «Deben mantener una sola regla, un solo orden y la misma observancia: en el alimento y en el vestido, en la pobreza y en la humildad, en todo sin excepción».² Aelredo de Rievaulx va aún más lejos al advertir que «la pobreza exterior, si no se lleva con humildad de corazón, fácilmente se transforma en orgullo».³ La traducción al español de *Dilexit* puede encontrarse en

Reflexionar sobre la pobreza y el cuidado de los pobres no solo nos remite a los Padres de Císter, sino —y quizá esto sea aún más importante— al corazón mismo del Evangelio, al Corazón de Jesucristo. Por ello, esta exhortación apostólica del Papa León XIV no puede leerse separadamente del pensamiento de su amado predecesor, el Papa Francisco. Fue el Papa Francisco quien inició esta exhortación, pero no pudo concluirla. Existe una clara conexión con su última encíclica, fechada el 24 de octubre de 2024, titulada *Dilexit nos, sobre el amor humano y divino del Corazón de Jesucristo*. En ella muestra que humildad y pobreza van juntas y no deben separarse:

¹ La traducción al español de *Dilexit* puede encontrarse en: https://www.vatican.va/content/leo-xiv/es/apost_exhortations/documents/20251004-dilexi-te.html Las citas se toman de esta traducción.

² Carta Caritatis Prior, cap. 3. Unam regulam, unum ordinem, eandemque observantiam in cibo et vestitu, in paupertate et humilitate, in omnibus omnino rebus teneant, in: J-B Van Damme (ed.), *Les plus anciens textes de Cîteaux*, ASOC 9 (1953), p. 43.

³ *Speculum caritatis*. I, 25: Exterior paupertas, nisi humilitate cordis fulciatur, facile in superbiam vertitur.

«Hechos pobres de espíritu, nos acercamos a los pobres, que son los más queridos por Dios».⁴
«Cuando nuestro corazón acoge el amor de Cristo con plena confianza y permite que su fuego se extienda en nuestra vida, nos hacemos capaces de amar a los demás como Cristo lo hizo, con humildad y cercanía hacia todos».⁵

No hace falta decir que el tema de la pobreza y la humildad tiene también un gran valor para nosotros como cistercienses, en una Iglesia y un mundo donde no es fácil ser «pobres con Cristo pobre».⁶

I. Razones de esta carta circular

Esta carta circular invita a todas las comunidades a acoger *Dilexi te*, a meditarla juntas y a traducirla en formas concretas de vida. Es también una llamada a encarnar de nuevo la intuición de nuestros Padres: ser pobres con el Cristo pobre, o en palabras del Papa León:

Por tanto, debemos sentir la urgencia de invitar a todos a sumergirse en este río de luz y de vida que proviene del reconocimiento de Cristo en el rostro de los necesitados y de los que sufren. El amor a los pobres es un elemento esencial de la historia de Dios con nosotros y, desde el corazón de la Iglesia, prorrumpe como una llamada continua en los corazones de los creyentes, tanto en las comunidades como en cada uno de los fieles. La Iglesia, en cuanto Cuerpo de Cristo, siente como su propia “carne” la vida de los pobres, que son parte privilegiada del pueblo que va en camino. Por esta razón, el amor a los que son pobres —en cualquier modo en que se manifieste dicha pobreza— es la garantía evangélica de una Iglesia fiel al corazón de Dios.⁷

Otra razón de esta carta es responder a la llamada del Papa León a no volvernos ni permanecer indiferentes ante los pobres,

es necesario asociar un cambio de mentalidad que pueda incidir en la transformación cultural. En efecto, la ilusión de una felicidad que deriva de una vida acomodada mueve a muchas personas a tener una visión de la existencia basada en la acumulación de la riqueza y del éxito social a toda costa, que se ha de conseguir también en detrimento de los demás y beneficiándose de ideales sociales y sistemas políticos y económicos injustos, que favorecen a los más fuertes. De ese modo, en un mundo donde los pobres son cada vez más numerosos, paradójicamente, también vemos crecer algunas élites de ricos, que viven en una burbuja muy confortable y lujosa, casi en otro mundo respecto a la gente común.⁸

¿Nos atrevemos, como monjes y monjas, a mirarnos en el espejo de estas palabras?

Además, deseo sensibilizaros más sobre el tema de la desigualdad en nuestra Orden entre quienes tienen mucho y quienes tienen poco. Es un tema al que me he referido muchas veces y que, a mi juicio, merece mayor atención, no solo a nivel de la Orden y de las Conferencias Regionales, sino

⁴ Papa Francisco, *Dilexit nos*, 190.

⁵ Idem, 203.

⁶ *Exordium Parvum*, cap. 15, in: Chrysogonus Waddell, *Narrative and Legislative Texts from Early Cîteaux, Cîteaux: Commentarii Cistercienses*, 1999, p. 405–406. *Eligentes sibi locum solitarium, pauperem et ab hominum habitatione remotum, ut ibi pauperem Christum pauperes sequerentur*.

⁷ *Dilexit te*, 103.

⁸ *Dilexit te*, 11.

también en las comunidades. Esta desigualdad no se refiere únicamente a la abundancia o carencia de recursos financieros.

Al mismo tiempo, deberíamos hablar quizás más correctamente de los numerosos rostros de los pobres y de la pobreza, porque se trata de un fenómeno variado; en efecto, existen muchas formas de pobreza: aquella de los que no tienen medios de sustento material, la pobreza del que está marginado socialmente y no tiene instrumentos para dar voz a su dignidad y a sus capacidades, la pobreza moral y espiritual, la pobreza cultural, la del que se encuentra en una condición de debilidad o fragilidad personal o social, la pobreza del que no tiene derechos, ni espacio, ni libertad.⁹

Estas distintas formas de pobreza pueden darse tanto dentro de las comunidades como entre ellas. ¿Nos atrevemos, como monjes y monjas, a mirarnos de nuevo en este espejo?

Finalmente, esta carta quiere inspirar un compromiso renovado en el cuidado de los pobres, no como una actividad adicional y accidental, sino como un modo de vida humilde y evangélico, arraigado en la solidaridad y el amor, o, en palabras del Papa León:

Estoy convencido de que la opción preferencial por los pobres genera una renovación extraordinaria tanto en la Iglesia como en la sociedad, cuando somos capaces de liberarnos de la autorreferencialidad y conseguimos escuchar su grito.¹⁰

II. El cuidado de los pobres en la vida monástica

Esta carta circular no pretende ofrecer una visión completa ni un resumen del texto de la exhortación apostólica. Deseo simplemente centrarme en los párrafos que se refieren al cuidado de los pobres en la vida monástica y, desde ahí, examinar cómo la pobreza y la humildad pueden seguir siendo hoy conceptos inspiradores para nosotros, ayudándonos en nuestra conversión continua a Cristo.¹¹

Lo que más nos interesa, y quizá nos sorprende, son los seis párrafos (53-58) que el Papa León dedica en el tercer capítulo de *Dilexi te* a una Iglesia para los pobres, abordando explícitamente el cuidado de los pobres en la vida monástica.

Según el Papa, la vida monástica, que tiene su origen en el silencio del desierto, fue desde el principio un «testimonio de solidaridad». « Los monjes y las monjas lo dejaban todo —riqueza, prestigio, familia— no sólo por despreciar las riquezas del mundo — contemptus mundi—, sino para encontrar, en este despojo radical, al Cristo pobre ».¹² Comienza refiriéndose al ejemplo de san Basilio, por quien san Benito sentía gran respeto y a quien llamó «nuestro santo Padre»¹³ en su Regla. San Basilio vinculaba el cuidado de los pobres al trabajo de los monjes: « debían ayudar a los más pobres con su trabajo... es evidente que debemos trabajar con diligencia... Este modo de vida es provechoso no solo para someter el cuerpo, sino también por la caridad hacia el prójimo, para que, por medio de nosotros, Dios provea lo suficiente a los hermanos más débiles ».¹⁴

⁹ *Dilexi te*, 9.

¹⁰ *Idem*, 7.

¹¹ La guía preparada por el Dicasterio para la Promoción del Desarrollo Humano Integral con motivo de la presentación de la exhortación ofrece una buena introducción al texto de *Dilexi te*. En lugar de intentar resumir toda la exhortación aquí, encontrarás la útil guía adjunta a esta carta circular.

¹² *Dilexi te*, 53.

¹³ RB 73,5.

¹⁴ *Dilexi te*, 53.

En los tres párrafos siguientes, el Papa León habla del testimonio de san Benito y de sus seguidores, destacando la acogida de pobres y peregrinos:

«A los pobres y peregrinos se les debe acoger con todo cuidado y hospitalidad, porque en ellos se recibe a Cristo».¹⁵ Caracteriza el cuidado benedictino de los pobres con estas palabras:

«Compartir... cuidar... escuchar... los preparaba para acoger a Cristo que viene en la persona del pobre y del forastero. Hoy, la hospitalidad monástica benedictina sigue siendo signo de una Iglesia que abre sus puertas, acoge sin preguntar y cura sin exigir nada a cambio».¹⁶

La explicación anterior del carisma benedictino quizás no sea sorprendente. Sin embargo, en el número 56, el Papa nos sorprende con la siguiente afirmación: “Los monasterios benedictinos, con el tiempo, se convirtieron en lugares que contrastaban la cultura de la exclusión”.¹⁷ Aquí también existe un vínculo entre el trabajo monástico (agricultura, producción de alimentos, elaboración de medicinas) y el cuidado de los pobres. “Su trabajo silencioso fue fermento de una nueva civilización, donde los pobres no eran un problema que resolver, sino hermanos y hermanas que acoger”¹⁸. De este modo, se creó “una economía solidaria” “en contraste con la lógica de la acumulación”.¹⁹

En el último número (58), el Papa León se refiere a san Bernardo:

Para él, la compasión no era una opción accesorio, sino el camino real para seguir a Cristo. La vida monástica, por lo tanto, cuando es fiel a su vocación original, muestra que la Iglesia sólo será plenamente esposa del Señor cuando sea también hermana de los pobres. El claustro no es un mero refugio del mundo, sino una escuela en la que se aprende a servirlo mejor. Allí donde los monjes abrieron sus puertas a los pobres, la Iglesia reveló con humildad y firmeza que la contemplación no excluye la misericordia, sino que la exige como su fruto más puro.²⁰

Basilio, Benito y Bernardo son presentados como testigos de una Iglesia monástica que opta por los pobres: una opción vinculada al trabajo de las manos (Basilio), a la hospitalidad mediante el compartir, el cuidar y el escuchar (Benito), que genera una nueva cultura de solidaridad frente a la acumulación, y que se profundiza espiritualmente en la compasión y la humildad (Bernardo), haciendo de la vida contemplativa una hermana de los pobres.

El cuidado de los pobres y el trabajo de nuestras manos

San Basilio establece un vínculo claro entre el trabajo de nuestras manos y el cuidado de los pobres. Los monjes del desierto ya estaban familiarizados con este principio. El abad Agatón es un buen ejemplo de ello. En el dicho 27 se cuenta lo siguiente:

Una vez, cuando fue a vender algunos productos a la ciudad, vio a un extranjero tendido en la calle. Estaba enfermo y no tenía a nadie que lo cuidara. El anciano se quedó con él y alquiló una pequeña casa. Pagó el alquiler con el trabajo de sus manos y todo lo que sobraba lo empleaba en las necesidades del enfermo. Permaneció allí durante cuatro meses, hasta que el enfermo sanó. Entonces el anciano regresó en paz a su celda.

En la recopilación de dichos sobre la caridad encontramos también este otro testimonio del abad Agatón:

¹⁵ RB 53,15; Dilexit te, 55.

¹⁶ Dilexit te, 55.

¹⁷ Idem, 56.

¹⁸ Idem.

¹⁹ Idem

²⁰ Idem, 58.

Dijo el abad Agatón: «Cuando trabajo con mis manos, utilizo lo que gano para dar limosna, porque sé que eso agrada a Dios. Lo que hago con mis manos lo hago para tener algo que dar a los pobres; considero esto como mi oración».

Aquí confluyen trabajo, cuidado de los pobres y oración.

Este aspecto de nuestro trabajo manual lo encontramos también en nuestras Constituciones. El rico texto de la Cst. 26 afirma, entre otras cosas:

Este trabajo, arduo y redentor, procura la subsistencia a los monjes y a otras personas, especialmente a los pobres, y es signo de solidaridad con el mundo obrero.

Sin embargo, podemos preguntarnos hasta qué punto este aspecto sigue teniendo hoy un papel real en nuestra actitud frente al trabajo. En muchas comunidades, la necesidad de ganarse la vida ocupa un lugar central, y se lucha por mantenerse a flote. Se vive de lo que se gana con el trabajo de las propias manos y se comparte lo poco que se tiene en la medida de lo posible. En estos casos, el cuidado de uno mismo es el centro del trabajo manual.

Otras comunidades, en cambio, realizan poco o ningún trabajo para su sustento debido a la edad avanzada u otras circunstancias. En muchos casos, pueden vivir de los rendimientos de capital acumulado por generaciones anteriores, o del trabajo que otros realizan en su nombre. A menudo comparten desde una abundancia para la cual ellos mismos ya no deben hacer nada hoy. Aquí, compartir ocupa el centro, pero procede de algo que no han ganado o que ya no ganan.

El cuidado de los pobres nos lleva a reflexionar sobre el sentido de nuestro trabajo cotidiano. Es cierto que monjes y monjas no trabajan únicamente para sostener a los pobres. El cuidado de los pobres no comienza con el dar, sino con el compartir el mismo pan o participar en el mismo trabajo sencillo. Afortunadamente, conozco comunidades que hacen algo más de lo estrictamente necesario en su trabajo. Por ejemplo, algunas hornean pan adicional para los pobres de su entorno inmediato. Esto exige un esfuerzo suplementario, además del trabajo necesario para su propio sustento, pero lo consideran importante como testimonio de solidaridad con los pobres, no solo dando, sino compartiendo la misma condición de quienes deben trabajar duro —y aún más duro— para ganarse el pan de cada día. Para estas comunidades —y hay muchos otros ejemplos— esto es *«el amor concreto que constituye el criterio de la santidad»*, según san Basilio.

En este punto, en este año en que conmemoramos el trigésimo aniversario de la muerte de nuestros Hermanos Beatos de Tibhirine, no podemos ignorar lo que dijo el beato Christian de Chergé sobre la relación entre la vida cisterciense y el cuidado de los pobres.²¹ Él nos enseña que los monjes no trabajan con sus manos para sostener a los pobres, sino para ser pobres con los pobres, y que solo desde esta condición compartida puede surgir un verdadero cuidado del otro. Ser pobres con los pobres a través del trabajo nos sitúa dentro de las condiciones de vida de quienes deben trabajar cada día para conseguir su pan.

Christian de Chergé insistía repetidamente en que la vocación de los monjes no consistía principalmente en hacer algo por los pobres, sino en estar con ellos. En sus cartas desde Tibhirine subrayaba que el trabajo monástico es una forma de compartir una condición común de vida, más

²¹ He utilizado con gratitud la interesante tesis de máster del Padre Simone Santo Previte CRSM: "La economía y el trabajo en la enseñanza del beato hermano Christian de Chergé". Universidad de Friburgo, 2022.

que de ejercer la caridad desde una posición de seguridad. Como escribió, su llamada no era a salvar a otros, sino a vivir junto a ellos, compartiendo sus límites e incertidumbres.

Porque los monjes trabajan y no desean ser una carga para los demás, no quitan nada a los pobres. No trabajan para dar, sino para no tomar. En este sentido, su trabajo es expresión de respeto y solidaridad. La limosna que damos, por tanto, no debería proceder de dinero que no hemos ganado nosotros mismos, ni de recursos producidos por otros mientras nosotros contribuimos poco o nada. El verdadero compartir comienza con una condición compartida, y el trabajo es una de sus formas más concretas.

El cuidado de los pobres y nuestra hospitalidad

El segundo elemento que el Papa León XIV extrae de la tradición monástica en relación con el cuidado de los pobres —y para el cual propone a san Benito como modelo— es la creación de una nueva cultura mediante la hospitalidad, el compartir, el cuidar y el escuchar. También aquí los hermanos de Tibhirine tienen algo que decirnos. Para ellos, la pobreza es la condición estructural de la hospitalidad monástica. Christian de Chergé deja claro que la pobreza no es un valor ascético accesorio, sino una condición estructural que hace posible la hospitalidad. La comunidad de Tibhirine eligió conscientemente un estilo de vida sobrio, casi autosuficiente, no orientado al crecimiento económico, sino a «un equilibrio material modesto sin trabajo externo».²²

Esta pobreza no es defensiva, sino abierta: permite vivir la vida monástica no por encima, sino en medio de la población local. En el contexto de Tibhirine, la hospedería no podía ser un lugar de lujo, sino que se convirtió en un espacio sencillo de encuentro, inserto en el trabajo cotidiano y en una vulnerabilidad compartida. La pobreza impide así que la hospitalidad se base en el poder o la abundancia y la preserva como una práctica relacional.

En la carta ya mencionada de 1972, Christian de Chergé escribe que la comunidad acepta que la hospitalidad es «una verdadera ocupación basada en la misión que la Iglesia nos confía aquí y ahora: presencia y espera... para poder vivir la hospitalidad monástica con nuestros vecinos, nuestros huéspedes, hasta el umbral del compartir»²³. Aquí, la hospitalidad no es una actividad añadida a la vida monástica, sino una forma concreta en la que la pobreza se transforma en presencia y disponibilidad. Precisamente porque la comunidad vive de un trabajo sencillo y de recursos limitados, puede ser hospitalaria sin funcionar como proveedor de servicios ni como institución religiosa con poder social. La hospitalidad se convierte así en un espacio de vida compartido, no en una prestación.

En Tibhirine, pobreza y hospitalidad se unen en una vida compartida, especialmente con los pobres. En su carta de diciembre de 1993, el beato Christian lo expresa explícitamente: «Nuestro estado de MONJES (ruhbân) nos vincula a la elección de Dios para nosotros, que es la oración y la vida sencilla, el trabajo manual, la acogida y el compartir con todos, especialmente con los más pobres».²⁴ Aquí se hace evidente que la hospitalidad no está separada de la pobreza, sino que

²² C. de Chergé, lettre à frère Vincent Desprez (09.01.1972), Moines de Tibhirine, Heureux ceux qui espèrent. Autobiographies spirituelles, p. 336.

²³ C. de Chergé, lettre à frère Vincent Desprez (09.01.1972), Moines de Tibhirine, Heureux ceux qui espèrent. Autobiographies spirituelles, p. 336. « un 'vrai service' fondé sur la mission que l'Église nous confie 'hic et nunc', de présence et d'attente... Pouvoir vivre l'accueil monastique avec nos voisins, nos invités, jusqu'au seuil du partage »

²⁴ C. de Chergé, lettre à Sayat Attya (28.12.1993) lue au chapitre le 04.01.1994, Moines de Tibhirine, Heureux ceux qui espèrent. Autobiographies spirituelles, p. 463. « Notre état de MOINES (rubân) nous lie au choix de Dieu sur nous, qui est la prière et la vie simple, le travail manuel, l'acceptation et le partage avec tous, surtout avec les plus pauvres. »

brota de ella. La pobreza es la condición de vida que hace creíble la hospitalidad; la hospitalidad es la forma en que la pobreza se abre al otro. Juntas constituyen el núcleo de su presencia en Argelia: no una expansión misionera, sino una forma humilde, vulnerable y acogedora de convivir, en la que el encuentro es posible sin apropiación.

Con su hospitalidad, la comunidad de Tibhirine fue un ejemplo de lo que el Papa León quiso decir cuando habló de una hospitalidad que supera *la cultura de la exclusión y crea una economía de solidaridad en contraste con la lógica de la acumulación*.²⁵

Cuando la pobreza no se entiende solo como una carencia económica, la economía de la solidaridad adquiere un significado mucho más amplio y rico. En este sentido, podemos aplicarla también a nuestra vida común como hermanos y hermanas, tanto dentro de la comunidad como en la Orden. Cuidar de los pobres significa también —y ante todo— cuidar de los pobres en nuestra propia comunidad. Me incluyo en primer lugar, pero también a aquellos hermanos y hermanas a quienes san Benito llama difíciles, obstinados, desobedientes, al hermano o hermana débil; en definitiva, el otro con todas sus limitaciones morales y psíquicas. También los enfermos, los ancianos e incluso los hermanos y hermanas más jóvenes. Todos podemos ser ese hermano o hermana pobre. ¿Creamos en nuestras comunidades un clima de hospitalidad compartiendo la vida con ellos, cuidándolos y escuchándolos? ¿O más bien los excluimos, los marginamos o los ignoramos? En relación con esto, el Papa León recuerda el comentario desafiante del Papa Francisco en *Fratelli tutti* sobre la parábola del buen samaritano:

¿Con quién te identificas? Esta pregunta es cruda, directa y determinante. ¿A cuál de ellos te pareces? Nos hace falta reconocer la tentación que nos circunda de desentendernos de los demás; especialmente de los más débiles. Digámoslo, hemos crecido en muchos aspectos, aunque somos analfabetos en acompañar, cuidar y sostener a los más frágiles y débiles de nuestras sociedades desarrolladas. Nos acostumbramos a mirar para el costado, a pasar de lado, a ignorar las situaciones hasta que estas nos golpean directamente.²⁶

Cuidar de los pobres significa, por tanto, cuidar una cultura de la hospitalidad que supere la cultura de la exclusión, incluso dentro de nuestras propias comunidades. Pero las palabras del Papa León no se refieren únicamente a cómo acogemos a las personas que vienen de fuera o a los miembros de nuestra comunidad. No podemos eludir las cuestiones reales que plantea esta economía de la solidaridad y la ruptura con la lógica de la acumulación de bienes y beneficios. Muchos de nuestros monasterios poseen bienes considerables. ¿Cómo se sitúan estos bienes frente a la tensión entre una economía de la solidaridad y la ruptura con la lógica de la acumulación? ¿Es realmente necesario todo lo que poseemos?

A veces resulta doloroso constatar que algunas de nuestras comunidades no tienen nada o casi nada, mientras que otras poseen tanto que ni siquiera saben con exactitud cuánto tienen. ¿Qué hacemos entonces con la llamada de la *Carta Caritatis*?

Pero si alguna iglesia cae en una pobreza intolerable, que el abad de ese monasterio haga conocer esta situación ante todo el capítulo. Entonces, que los abades, todos a una, inflamados por el fuego más ardiente de la caridad, se apresuren a aliviar la indigencia de esa iglesia, según sus posibilidades, con los bienes que Dios les ha concedido.²⁷

²⁵ Cfr. *Dilexit te*, 56.

²⁶ Papa Francisco, *Fratelli tutti*, 64; Papa Leo, *Dilexit te*, 105.

²⁷ *Carta Caritatis*, 7,4.

¿Por qué el tema de la Comisión de Solidaridad y de la contribución obligatoria o no obligatoria de las comunidades es un punto sobre el cual parece imposible mantener un diálogo significativo en el Capítulo General? Y, una vez más, no se trata solo de dinero. ¿Qué hacemos con nuestra responsabilidad compartida en el cuidado de las nuevas fundaciones (Cst. 69; ST 69.1.B; ST 69.1.C)? ¿Qué hacemos para ayudarnos mutuamente en el ámbito de la formación? El ST 45.3.B afirma: «Los monasterios deben ofrecer una generosa ayuda mutua para hacer realidad esta formación». Existe entre nosotros mucha «pobreza intolerable». ¿Estamos dispuestos a aliviarla inflamados por el fuego más ardiente de la caridad?

También a nivel de la vida comunitaria no debemos eludir los desafíos en este ámbito. ¿Nuestra vida común da testimonio de solidaridad, o más bien refleja un clima de “cada uno para sí”, de repliegue egocéntrico? Esto se manifiesta de forma muy concreta en nuestra vida cotidiana: ¿Tomo todo lo que puedo obtener, o me pregunto si hay suficiente para todos? ¿Cómo manejo el dinero? ¿Es dinero “mío” o dinero de la comunidad? Sabemos muy bien que nuestros votos excluyen la propiedad privada y, sin embargo, muchos —abiertamente o en secreto— caen constantemente en esta trampa. Una vez más, se trata de dar o tomar. Cuidar de los pobres mediante la hospitalidad es también algo muy concreto y cercano en la vida diaria de la comunidad.

Estos son síntomas de una sociedad enferma, porque busca construirse de espaldas al dolor. Mejor no caer en esa miseria. Miremos el modelo del buen samaritano». Las últimas palabras de la parábola evangélica —«Ve, y procede tú de la misma manera» (Lc 10,37)— son un mandamiento que un cristiano debe oír resonar cada día en su corazón.²⁸

El cuidado de los pobres y la humildad

En el *Exordium Magnum*, uno de los primeros documentos de la Orden, los fundadores de Cister son descritos como «*los pobres de Cristo*» (EM 13; 18). San Esteban es llamado «*el pobre de Cristo*» (EM 24). Su pobreza está vinculada explícitamente a la pobreza de Cristo (EM 20; 25). Cister abrió sus puertas no solo a la nobleza, sino también a los pobres (EM 21): «*La nobleza, los pobres y los que estaban entre ambos llenaron el establo de Cristo y fueron envueltos en los pañales de su inocencia*». Cister mismo es descrito como «*pobre y pequeño*» (EM 21).

El Papa León afirma:

Allí donde los monjes y las monjas abrieron sus puertas a los pobres, la Iglesia reveló con humildad y firmeza que la contemplación no excluye la misericordia, sino que la exige como su fruto más puro.²⁹

La contemplación requiere pobreza, es decir, una actitud espiritual de total dependencia de Dios. Thomas Merton escribe en *New Seeds of Contemplation*:

La contemplación es llevada por Él a su propio ámbito, a su propio misterio y a su propia libertad. Es un conocimiento puro y virginal, pobre en conceptos, aún más pobre en razonamientos, pero capaz, por su misma pobreza y pureza, de seguir al Verbo «adondequiera que vaya».³⁰

²⁸ *Fratelli tutti*, 66; Dilexit te, 107.

²⁹ Idem, 58.

³⁰ Thomas Merton, *New Seeds of Contemplation*, New York: New Directions, 1961, p. 7.

Cuando nuestros fundadores y los primeros monjes de Císter son descritos como pobres, esto no se refiere únicamente a una realidad material. Es también una referencia a una experiencia de total dependencia de Dios, equivalente a la actitud de humildad que caracteriza el modo paradójico en que Cristo revela su divinidad. San Agustín dice: «Que se avergüencen los soberbios, porque Dios se hizo humilde en Jesucristo».³¹

Una comprensión espiritual de la pobreza no es una justificación de la miseria, sino una dependencia consciente de la bondad gratuita de Dios, a la que la pobreza voluntaria debería conducir. La pobreza se convierte así en signo de unión con Dios en el seguimiento de Cristo. La identidad de Cristo consiste en no ser otra cosa que apertura y dependencia de la presencia de Dios, que Él encarna plenamente de forma paradójica no aferrándose a ella como posesión, sino despojándose de sí mismo y recibéndola de nuevo (cf. Flp 2,6-9).³²

La pobreza y la privación no son buenas en sí mismas. Si lo fueran, funcionarían como una especie de posesión. Lo esencial es que la pobreza remite a la dependencia de Dios, que es quien da la vida, y es esta dependencia la que exige ser acogida en la pobreza. El teólogo neerlandés y dominico laico Erik Borgman expresa esta comprensión de la pobreza de la siguiente manera:

Compartir la pobreza con fe significa verla como el espacio en el que la abundancia de la vida buena —para la cual Dios creó a las personas— se da y se hace presente en el deseo de ella y en la vida que sostiene ese deseo. No aferrarse a lo que se tiene, sino considerarlo como una “pérdida” (cf. Flp 3,7-8) a la luz de lo que está por venir, dependiendo consciente y confiadamente de aquello que entonces será dado gratuitamente. La fe, tal como la mostró Jesucristo, debe descender a lo que es marginal y pobre, libre de autosuficiencia y complacencia. Pues de aquello que ha sido abierto por la dependencia y la esperanza, nace el futuro de Dios.³³

Borgman extiende incluso esta experiencia de pobreza a la oración, concretamente a la oración de Jesús en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

Según el Evangelio, este grito de extrema privación y pérdida encierra el paso decisivo hacia el futuro de Dios para todos y para todo. Dios comparte con nosotros la pobreza del abandono y, de este modo, la transforma en una forma precaria de cercanía.³⁴

Esta visión de la pobreza espiritual y de la humildad se encuentra también en los escritos del beato Christian de Chergé. Para él, la pobreza no es ante todo económica, sino relacional y espiritual. Ya hemos visto que la pobreza significa: una condición de vida compartida con los pobres (los trabajadores), una distancia consciente frente al poder, la lógica de la eficacia y la posesión, una forma de encarnación en una realidad social concreta. Esto se hace explícito cuando habla del trabajo monástico, que solo es auténtico si se vive «*en solidaridad con los POBRES*» y

³¹ Augustino, Sermo CXXIII, n.1. Citado en : E. Borgman, *Alle dingen nieuw. Een theologische visie voor de 21ste eeuw. Inleiding en Invocatie*. Utrecht, 2020. p. 108.

³² Cfr. Borgman, p. 110.

³³ Borgman, 111-112.

³⁴ Idem, 112.

con «*LA MULTITUD DE TRABAJADORES*»³⁵. La pobreza no es, pues, un ideal ascético en sí mismo, sino una forma de vivir no por encima, sino entre los demás.

Esta pobreza elegida presupone y alimenta la humildad, entendida como actitud fundamental de escucha, acogida y dependencia:

- humildad ante Dios (no determinar por uno mismo el sentido o el fruto del trabajo),
- humildad ante la realidad (aceptación de la lentitud, la limitación, la falta de rentabilidad),
- humildad ante los demás, especialmente ante los musulmanes y los pobres.

Christian de Chergé se opone explícitamente a la lógica moderna de la eficiencia y de los resultados inmediatos. Habla de «una forma de eficacia poco accesible en nuestro tiempo, marcado por el rendimiento inmediato».³⁶ Desde un punto de vista teológico, esta es una actitud profundamente humilde: el trabajo da fruto, pero no necesariamente de un modo visible, medible o apropiable.

Para Christian de Chergé, la pobreza es la forma concreta de vida en la que la humildad toma cuerpo, y la humildad es la actitud interior que hace vivible y fecunda la pobreza. La pobreza sin humildad se volvería ideológica o heroica; la humildad sin pobreza se volvería abstracta o puramente interior. En Tibhirine, ambas se encarnan en el trabajo, la austeridad, la lentitud y la existencia compartida.

Nuestros hermanos de Tibhirine dan testimonio de que la pobreza no es privación, sino libertad respecto a la posesión y al poder. Dan testimonio también de una humildad que no es humillación, sino amor a la verdad sobre el propio lugar como persona humana y como comunidad. Esto nos conduce a una comprensión positiva y evangélica de la pobreza.

III. Una visión evangélica de la pobreza

En la exhortación apostólica *Dilexi te*, el Papa León XIV subraya que la pobreza no debe entenderse exclusivamente como un problema social o económico, sino también como revelación de la dignidad radical del ser humano, como lugar de encuentro con Dios y como llamada al amor y a la solidaridad. Es precisamente esta interpretación evangélica de la pobreza la que nos ayuda a comprender mejor nuestro voto de *conversatio morum*, que incluye la pobreza, y a permitir que nuestro compromiso con los pobres vaya acompañado de un cambio de mentalidad capaz de influir a nivel cultural.³⁷

La pobreza revela la dignidad radical del ser humano

³⁵ C. de Chergé, chapitre du 21.01.1993, Dieu pour tout jour. Chapitres de Père Christian de Chergé à la communauté de Tibhirine (1986–1996), p. 424. ‘C’ est alors que le travail monastique peut prétendre servir une unité sans frontières, et s’ exercer en solidarité avec les PAUVRES [...] et avec « la FOULE des TRAVAILLEURS » qui ont droit, eux aussi, à découvrir leur dignité et leur liberté dans ce monde du travail si fortement marqué par les discriminations et l’ oppression.’

³⁶ C. de Chergé, lettre en réponse à son père (01.05.1969), Moines de Tibhirine, Heureux ceux qui espèrent. Autobiographies spirituelles, p. 319. ‘Il y a au sein d’ une vocation tournée vers la prière, un type d’ efficacité peu accessible à notre époque de rendement immédiat : il s’ agit de se mettre à l’ échelle de l’ éternel pour comprendre la logique de certains appels du Seigneur.’

³⁷ Cfr. *Dilexit te*, 11.

Dios te ama no por lo que posees o logras, sino por quien eres. La pobreza desenmascara así la mentira de que el valor humano depende del éxito o de las posesiones. Los pobres no son personas “deficientes”, sino plenamente humanas, sostenidas por el amor de Dios. En este sentido, la pobreza tiene una fuerza profética: recuerda a la Iglesia y a la sociedad lo que verdaderamente importa.

“Cuando encuentro a una persona durmiendo a la intemperie, en una noche fría, puedo sentir que ese bulto es un imprevisto que me interrumpe, un delincuente ocioso, un estorbo en mi camino, un aguijón molesto para mi conciencia, un problema que deben resolver los políticos, y quizá hasta una basura que ensucia el espacio público. O puedo reaccionar desde la fe y la caridad, y reconocer en él a un ser humano con mi misma dignidad, a una creatura infinitamente amada por el Padre, a una imagen de Dios, a un hermano redimido por Jesucristo. ¡Eso es ser cristianos! ¿O acaso puede entenderse la santidad al margen de este reconocimiento vivo de la dignidad de todo ser humano?.”³⁸

La pobreza como lugar de encuentro con Dios

La pobreza material puede —no automáticamente, pero a menudo— conducir a una apertura interior, a la dependencia y a la confianza. Quien tiene poco puede experimentar con mayor intensidad que la vida es un don. Esto está en consonancia con la bienaventuranza de los pobres de espíritu, que no ponen su seguridad en las posesiones, sino en su relación con Dios y con los demás.

El Papa León afirma en *Dilexi te*:

el contacto con quien no tiene poder ni grandeza es un modo fundamental de encuentro con el Señor de la historia. En los pobres Él sigue teniendo algo que decirnos.³⁹

La pobreza como llamada al amor y a la solidaridad

La pobreza hace visible el amor de Dios a través de la misericordia, la justicia y la caridad. Los pobres no son solo destinatarios de ayuda, sino también portadores de la presencia de Dios: «lo que hicisteis a uno de estos pequeños, a mí me lo hicisteis». En *Dilexi te*, la pobreza no aparece como objeto de compasión pasiva, sino como una vocación en la que el amor y la solidaridad se concretan y donde el amor cristiano se vincula inseparablemente a la lucha por la justicia y la dignidad humana.

Las siguientes citas de *Dilexi te* lo expresan con claridad:

El amor al Señor es inseparable del amor a los pobres... el mismo Jesús que nos dice: «Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25,40). En los pobres, Él sigue hablándonos.⁴⁰

Dios tiene un lugar especial en su corazón para los pobres... y pide a su Iglesia que haga una opción decisiva y radical a favor de los más débiles.⁴¹

³⁸ Papa Francisco, *Gaudete et Exsultate*, 98; Papa Leo *Dilexit te*, 106.

³⁹ *Dilexit te*, 5.

⁴⁰ Idem.

⁴¹ Idem, 16.

La condición de los pobres interpela constantemente nuestras vidas, nuestras sociedades y a la Iglesia... Si permanecemos insensibles a ese clamor, los pobres podrían clamar al Señor contra nosotros.⁴²

Conclusión

Hermanos y hermanas, comencé esta carta circular en Nigeria y la terminé en Indonesia. En ambos países tuve el privilegio de visitar las dos fundaciones más jóvenes de la Orden. Tanto los hermanos de Akokwa como los de Penggadoban viven en condiciones muy pobres; sin embargo, en ambas comunidades pude experimentar la alegría de la pobreza, porque los hermanos viven con la conciencia de que Dios ama a cada uno personalmente. La vida en estas nuevas fundaciones devuelve a la esencia de la vocación: la dependencia total de Dios. Son un testimonio de la dignidad radical de todo ser humano en sociedades marcadas por la violencia y la corrupción (Nigeria) y en medio de la destrucción de la selva tropical por intereses económicos (Indonesia). Dan testimonio del monasterio como lugar de encuentro con Dios. Akokwa lleva el hermoso nombre de *Porta Coeli*, puerta del cielo, y Penggadoban significa en la lengua local algo así como “lucha”, en referencia al combate del patriarca Jacob con el ángel junto al río Jaboc (cf. Gn 32).

Ambas fundaciones no solo muestran cuán seriamente los hermanos asumen la llamada a amar a los pobres y a vivir en solidaridad con las personas que los rodean, sino que también reclaman amor y solidaridad por parte de todas nuestras comunidades para responder a sus necesidades. Pero, sobre todo, muestran que el cuidado de los pobres, entendido como llamada al amor y a la solidaridad, es su oración constante. En *Dilexi te*, el Papa León subraya este aspecto al ofrecer el ejemplo de santa Clara:

Su vida orante y oculta fue un grito contra la mundanidad y una defensa silenciosa de los pobres y olvidados⁴³.

Al final de esta carta circular deseo citar a Isaac de Stella:

Ánimo, pues, hermanos y hermanas: a nosotros, que somos pobres, nos corresponde escuchar al Hombre Pobre que recomienda la pobreza a los pobres. A quien habla desde la experiencia hay que creerle: Cristo nació pobre, vivió pobre y murió pobre. Quiso morir; ciertamente no quiso hacerse rico. Creámosle a la Verdad cuando nos muestra el camino de la vida. Si es duro, es breve; la felicidad, en cambio, es eterna. Es un camino estrecho, pero conduce a la vida y nos saca a la libertad; pone nuestros pies en un lugar espacioso. Es empinado, sin duda, porque sube hacia el cielo. Por eso debemos ir ligeros de equipaje, no cargados en exceso, para la ascensión.⁴⁴

Hermanos y hermanas, espero que todos acogáis la exhortación apostólica del Papa León, que la meditéis y la traduzcáis en acciones concretas de cuidado de los pobres, tanto dentro como alrededor de vuestra comunidad, pero también entre las comunidades y regiones de la Orden.

Que los pobres —y también vuestra propia experiencia de pobreza— os acerquen más a Jesús, el “Hombre Pobre”, que siendo rico se hizo pobre por vosotros. Que Nuestra Señora de Císter nos

⁴² Idem, 9;8.

⁴³ Dilexit te, 65.

⁴⁴ Isaac de Stella, Sermo 1.19.

conceda el amor ardiente necesario para cuidarnos unos a otros, porque *Deus dilexit te*: Dios ama a cada uno de nosotros personalmente.

Hermano Bernardus Peeters ocso
Abad General

Abadía de Rawaseneng, 20 de enero de 2026
Memoria del Beato Cipriano Miguel Tansi

«TE HE AMADO»

(Ap 3,9)

dice el Señor, a pesar de nuestra debilidad. (1)



Jesús se identifica
«con los más pequeños de la sociedad»

(Dilexit nos, Francisco). (2)



Se invita ahora a que todos los cristianos puedan percibir la fuerte conexión que existe entre:



AMOR DE CRISTO



LLAMADA A ACERCARNOS A LOS POBRES (3)



EXHORTACIÓN APOSTÓLICA

DILEXI TE

DEL SANTO PADRE LEÓN XIV
SOBRE EL AMOR HACIA LOS POBRES

¿POR QUÉ?

- El compromiso a favor de los pobres es **INSUFICIENTE**. (10)
- El compromiso de eliminar las causas estructurales de la pobreza es **INSUFICIENTE**. (10)
- Hace falta un **CAMBIO DE MENTALIDAD** para romper el ciclo: (10-11)



Los pobres representan un **GRITO** que interpela constantemente nuestra vida. (9)



La acción de Dios se preocupa por aquellos que son **discriminados** y **oprimidos**. (16)



Nos pide también a nosotros, su Iglesia, una opción **firme y radical** en favor de los más débiles. (16)

¡No debemos bajar la guardia respecto a la pobreza! (12)

Los cristianos también a veces se dejan influir por ideologías mundanas, juicios injustos y conclusiones erróneas. (15)

¡No se puede sustituir el Evangelio con estas ideologías! (15)

Necesitamos volcarnos a esta preferencia por los pobres para inaugurar con Dios un Reino de **justicia, fraternidad y solidaridad**. (16)



DICASTERIO PARA EL SERVICIO DEL
DESARROLLO HUMANO INTEGRAL

www.humandevlopment.va

La Iglesia lleva dos mil años caminando junto a los pobres y cuidando de ellos, y eso siempre ha sido parte esencial de su misión.

Dios se dirigió a sus criaturas, haciéndose cargo de su condición humana y, por tanto, de su pobreza: Él mismo se hizo pobre. (16)

Existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres: (36)



¿QUÉ NOS DICEN LAS ESCRITURAS? (CAP. 2)

- Antiguo Testamento: Dios es presentado como amigo y liberador de los pobres.
- Antiguo Testamento: Dios, refugio del pobre, por medio de los profetas. (17)
- Desde el comienzo, se manifiesta con mucha intensidad el amor de Dios a través de la protección de los débiles y de los que menos tienen.
- Jesús, mesías: en su encarnación, tomó la condición de servidor y haciéndose semejante a los hombres.
- En la condición de excluido se puede resumir la pobreza de Jesús.
- Jesús se presenta al mundo no sólo como Mesías pobre sino como Mesías de los pobres y para los pobres.
- «Él me envió a llevar la Buena Noticia a los pobres».
- «Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo».



EXHORTACIÓN APOSTÓLICA

DILEXI TE

DEL SANTO PADRE LEÓN XIV
SOBRE EL AMOR HACIA LOS POBRES

¿QUÉ NOS ENSEÑA LA TRADICIÓN DE LA IGLESIA HASTA HOY? (CAP. 3)

Padres de la Iglesia:

Reconocieron en el pobre un acceso privilegiado a Dios, un modo especial para encontrarlo.

Recordaron que el Evangelio sólo se anuncia bien cuando llega a tocar la carne de los últimos.

Tradición cristiana:



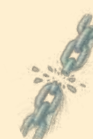
Cuidar a los enfermos:

san Juan de Dios, san Camilo de Lellis, santa Luisa de Marillac, san Vicente de Paul, Hermanas Hospitalarias.



Vida monástica y despojo radical:

san Basilio Magno, san Benito de Nursia, san Bernardo de Claraval, monasterios benedictinos y cistercienses.



Liberar cautivos:

san Juan de Mata y san Félix de Valois (trinitarios), san Pedro Nolasco y san Raimundo de Peñafort (mercedarios).



Órdenes mendicantes itinerantes:

franciscanos, dominicos, agustinos, carmelitas.



Educación de los pobres:

san José de Calasanz, san Juan Bautista de La Salle, san Marcelino Champagnat, san Juan Bosco, ursulinas, maestras pías.



Acompañar a migrantes:

ejemplos bíblicos (Abraham, Moisés, María y José, Jesús); san Juan Bautista Scalabrini, santa Francisca Javier Cabrini.



Al lado de los últimos:

santa Teresa de Calcuta, santa Dulce de los Pobres, san Benito Menni, san Carlos de Foucauld, santa Katharine Drexel.



Movimientos populares:

solidaridad que lucha contra las causas estructurales de la pobreza e injusticia.

Los pobres: tesoro y rostro vivo de la Iglesia

Todos estos ejemplos enseñan que servir a los pobres no es un gesto de arriba hacia abajo, sino un encuentro entre iguales, donde Cristo se revela y es adorado. (79)

A lo largo de los siglos, las Escrituras han interpelado los corazones de los cristianos a amar y a realizar obras de caridad, como semillas fecundas que no cesan de producir fruto. (34)

Los pobres son los tesoros de la Iglesia. San Ambrosio pregunta: «¿Qué mejores tesoros tendría Cristo que aquellos en los que él mismo dijo que estaba?» (38)



DICASTERIO PARA EL SERVICIO DEL
DESARROLLO
HUMANO
INTEGRAL

www.humandevlopment.va

EL DESAFÍO CONTINÚA A LA LUZ DE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA:

Desde *Rerum novarum* (1891) hasta *Aporecida* (2007) y los últimos pontífices:

La Doctrina Social de la Iglesia ha profundizado en una opción cada vez más explícita por los pobres.

Los Papas y concilios han reafirmado:

A la Iglesia como Iglesia de los pobres. (84)

Al pobre como representante de Cristo. (85)

El destino universal de los bienes: la propiedad tiene función social. (86)



Juan Pablo II: postula la primacía en la caridad; el trabajo humano es clave en la cuestión social. (87)



Benedicto XVI: amar es trabajar por el bien común y el hambre nace de falta de instituciones justas. (88)



Francisco: denuncia la dictadura de una economía que mata y alerta sobre la alienación social que normaliza el egoísmo e indiferencia. (92)

La Iglesia que mira con particular interés toda la humanidad que sufre y que llora; esta le pertenece por derecho evangélico. (85)



EXHORTACIÓN APOSTÓLICA *DILEXI TE* DEL SANTO PADRE LEÓN XIV SOBRE EL AMOR HACIA LOS POBRES



PARÁBOLA DEL BUEN SAMARITANO ¿CON QUIÉN TE IDENTIFICAS?

INDIFERENCIA

DESCARTE

ABANDONO

Estos son síntomas de una sociedad enferma, porque busca construirse de espaldas al dolor. (107)

Nos acostumbramos a mirar para el costado, a pasar de lado, a ignorar las situaciones. (105)

«Ve, y procede tú de la misma manera» (Lc 10,37) es un mandamiento que un cristiano debe oír resonar cada día en su corazón. (107)

¿Cómo responder?



- Con compromiso para resolver las causas estructurales de la pobreza. (94)
- Fomentando espacios que conecten, relacionen, favorezcan el reconocimiento del otro. (96)
- Contribuyendo al desarrollo de políticas eficaces en la transformación de la sociedad. (97)
- Haciendo oír nuestra voz para denunciar las estructuras de injusticia. (97)
- Promoviendo oportunidades de trabajo para que todos puedan ganarse una vida más acorde a su dignidad. (115)

¿Hacia dónde va la Iglesia de hoy?

La misericordia no puede esperar; estamos llamados a dar, a tocar la carne sufriente de los pobres, construyendo una Iglesia que sólo sabe amar y acompañar a los más frágiles.

«Una Iglesia que no pone límites al amor, que no conoce enemigos a los que combatir, sino sólo hombres y mujeres a los que amar, es la Iglesia que el mundo necesita hoy». (120)

Papa León XIV

